

se siendo neutral? Sin embargo, los Borbones hicieron la guerra á Portugal para obligarle á declararse contra la Inglaterra. Federico II dice que la verdadera razon de aquella incalificable conducta era que la conquista de Portugal debia servir de compensacion á la Francia, por las colonias que los Ingleses le habian quitado. « Es esta una razon, exclama Federico, para atacar á un soberano que no dá causa legítima para ello? ¡Oh derecho público, cuán vano é inútil es tu estudio! » (1).

Hay que poner una reserva á esta exclamacion. Si el derecho público es vano, debe culpase de ello á los príncipes, porque entre ellos el interes puede más que la justicia. El derecho dejará de ser una palabra vacía de sentido cuando las naciones dirijan por sí mismas sus destinos, y cuando una triste experiencia les haya enseñado que el odio, la rivalidad y la dominacion son una mala base para asentar la prosperidad pública é individual. En el siglo XVIII estaba muy léjos todavía este porvenir. Veíase unas veces á los Ingleses invocar la libertad de la Europa contra la ambicion de la Francia, otras á los Franceses coaligarse con las potencias marítimas, contra el despotismo de la Inglaterra. Unos y otros se preocupaban bien poco de la libertad. Es una ventura que la Providencia vele porque el interes se armonice con el derecho. Si no se consideran más que las pasiones de las potencias beligerantes, la guerra de los Siete años ofrece un espectáculo desconsolador. Afirmémonos cada vez más en la idea de un gobierno providencial. Esta idea nos consolará de los errores de los hombres; esto no quiere decir que sea preciso desesperar, como Federico II, de ver reinar alguna vez el derecho en el mundo. La idea del derecho se desenvuelve progresivamente, como todos los elementos de la vida de los pueblos. Lo que parecia una utopia irrealizable al rey filósofo del siglo XVIII, se realizará algún dia en los límites de la imperfeccion humana.

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 15. (*Obras*, t. V, p. 153.)

## § II.—*María Teresa y Luis XV.*

### N.º 1.—*María Teresa.*

En el sistema del equilibrio, Inglaterra y Austria eran consideradas como aliadas naturales, y su enemigo natural, eterno, por decirlo así, la Francia. La guerra de sucesion pareció ser una brillante confirmacion de esta doctrina política. Si la monarquía austriaca se salvó de una ruina que parecia inevitable, si la ambicion francesa fué reprimida, se debe á la intervencion de los Ingleses, al apoyo que prestaron á María Teresa. ¿No se debia esperar que la union de Inglaterra y Austria fuese cada vez más estrecha, como la mayor garantía de la constitucion europea? Sin embargo, apenas firmada la paz de Aix-la-Chapelle, la alianza se entibió; algunos años más tarde vemos al Austria y á la Francia, aquellos enemigos naturales, unidas en una alianza íntima, y á María Teresa haciendo, como aliada de la Francia, la guerra á la Inglaterra. ¿Qué extraordinario acontecimiento ha venido, pues, á trastornar esta balanza del poder que todos los políticos ensalzaban como la base del órden europeo?

Desde el principio de la guerra de sucesion, Inglaterra vió que le sería imposible al Austria luchar contra todos los enemigos coaligados para su ruina. María Teresa no llegó ni aún á arrancar la Silesia á Federico. ¿Cómo habia de hacer frente á la Francia? Jorge II escribió á la reina de Hungría, que debia acomodarse á la necesidad, que era necesario á toda costa separar á Federico de la coalicion, y que para esto no tenia más medio que el de cederle la Silesia. Más valia sacrificar una provincia que exponer la suerte de toda la monarquía. Los diplomáticos ingleses hallaron una tenaz resistencia en María Teresa: « Quería más perder la vida que consentir en semejantes proposiciones. » Tal fué su primera respuesta. « Sin la Silesia, dice, la corona imperial no sería más que un vano título. ¿Querian tal vez los Ingleses poner al emperador bajo la tutela del rey de Prusia? » La animosidad

de la joven reina contra Federico era extremada; se manifestó en una extraña exclamación: «Aun cuando tuviese, exclamó, que tratar mañana con el rey de Prusia, esta tarde le daría la batalla.» María Teresa no escuchó ninguna reflexión; fué preciso que la Inglaterra la amenazase con retirarle los subsidios; entónces cedió, pero con el pensamiento secreto de volver sobre su consentimiento, arrancado por la violencia, en cuanto se presentase la ocasión. Aun en el Congreso de Aix-la-Chapelle se negó á insertar la cesión de la Silesia en un tratado que iba á ser la base de la constitución territorial de la Europa. Fué preciso que la Inglaterra le obligase de nuevo. María Teresa acabó por firmar, pero guardando odio á los Ingleses (1).

Tal fué la causa de la ruptura de la unión entre la Inglaterra y el Austria, que los más grandes políticos habían creído eterna, porque respondía tanto á los intereses generales de la Europa como á los particulares de las potencias aliadas. Olvidaban que para los príncipes no hay más que un interés, el del momento; María Teresa no tenía el menor deseo de sacrificar la Silesia al equilibrio europeo. Los Ingleses le dirigieron amargas quejas: «No pensaba, decían, más que en el provecho de su casa; no reflexionaba que si la Inglaterra había tomado parte por ella, no era por un interés de familia, sino por garantizar la libertad general.» «María Teresa, dice el embajador de la corte de Londres en Viena, ha perdido el afecto de la nación inglesa por su egoísmo: hubiera querido que Inglaterra perpetuase la guerra para reconquistar la Silesia» (2). Por su parte, María Teresa recriminaba á los Ingleses; á sus ojos eran casi cómplices de Federico II. Cuando en 1755 estalló la guerra entre Inglaterra y Francia, la corte de Londres pidió al gabinete de Viena los auxilios á que tenía derecho como aliado, y como garante de la *Pragmática sanción*. Tratábase de defender á Hanover contra el ataque de los Franceses. María Teresa se negó á cumplir sus compromisos, bajo el pretexto de que necesitaba de todas sus fuerzas para rechazar la agresión del rey de Prusia, que no dejaría de invadir sus provincias

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 319; t. III, p. 287.

(2) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 344.

si enviaba sus ejércitos á la Alemania baja (1). Una carta que la emperatriz escribió á principios del año de 1756 al príncipe Carlos de Lorena, gobernador de los Países-Bajos, nos revela sus verdaderos sentimientos. Jorge II, no hallando en el Austria el apoyo con que contaba, celebró un tratado defensivo con Federico II. María Teresa se quejó de que se le hacía traición: «Ved, dice, cómo se inclinan los Ingleses hácia el rey de Prusia y cuán poco les interesa mi conservación.» Atribuía no sé qué proyecto, tan imaginario como maquiavélico, á la Inglaterra. Según ella, los Ingleses, en el momento de comprometerse en una nueva lucha con la Francia, querían endosarle todo el peso de la guerra continental; además, cuando estuviese aniquilada, el rey de Prusia tomaría las armas para completar su ruina (2).

María Teresa acusaba á los Ingleses de duplicidad. Por de pronto, ella es quien merecía esta censura. Al ver que la alianza inglesa no le devolvería su querida Silesia, se volvió al lado de la Francia. En el momento en que acusaba al ministerio británico de coaligarse con su enemigo mortal, el rey de Prusia, ella misma negociaba una alianza íntima con la Francia. Era tal su animosidad contra Federico, que, por arrancarle su presa, consentía en desmembrar la monarquía austriaca en beneficio de su antigua rival, Francia; le ofreció Flándes y el Brabante como precio de la restitución de la Silesia (3). Importábale poco el equilibrio. Necesitaba la Silesia á cualquier precio que fuese. En verdad, Inglaterra le había salvado de una ruina inminente. Pero, en primer lugar, los Ingleses tenían la poca delicadeza de recordarle frecuentemente los servicios que le habían prestado; y un servicio que se echa en cara incesantemente deja de ser un beneficio. En segundo, los Ingleses tramaban su perdición. Finalmente, su gran crimen era que jamás le ayudarían á reconquistar la Silesia. Hé aquí por qué María Teresa abandonó la política del equilibrio y la alianza inglesa para unirse á la Francia.

Un historiador alemán hace respecto á la ingratitude de María

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 390, 393.

(2) *Boletín de la Academia de Bruselas*, 1850, t. I, p. 387.

(3) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 2, (*Obras*, t. IV, página 15 y sig.)

Teresa la reflexion de que «si el reconocimiento es un sentimiento penoso para la naturaleza corrompida de los hombres, es insostenible para los príncipes» (1). Esto confirma lo que hemos dicho en todo el curso de este estudio, que el egoismo es esencial en la monarquía. Este vicio está encarnado en la casa de Austria; ha hecho alarde en todos tiempos, y hasta en nuestros días, de practicar la doctrina de la ingratitud. Y es el tipo de la antigua monarquía. Los Estados son un patrimonio; los pueblos, rebaños; el príncipe, un buen padre de familia, que educa numerosos hijos y que trata de aumentar sus riquezas. Si hemos de juzgar al árbol por los frutos que da, debemos pronunciar una condenacion absoluta sobre la política real. El Austria ha derramado en vano la sangre de sus pueblos por reconquistar la Silesia; esa bella presa ha seguido en poder de su vencedor. No ha parado ahí el desmembramiento. En nuestros días ha perdido la Italia, y perderá aún otras provincias. ¿De qué podrá quejarse? No ha visto jamás en las naciones sometidas á su imperio más que dominios, no ha respetado jamás sus derechos, no ha hecho nada por sus súbditos, todo lo ha reducido siempre á los intereses de su casa. Quien siembra el egoismo, recoge la indiferencia.

N.º 2.—*La alianza austriaca.*

I.

Cuando fué revelada al mundo político la alianza de Francia y Austria, causó un asombro general. Fué un verdadero golpe teatral. Federico creía esta union tan imposible como la del agua y el fuego. El parlamento inglés la calificó de monstruosa. El acontecimiento era tan extraordinario, que se supuso á los nuevos aliados miras igualmente extraordinarias. En el preámbulo del tratado de 1756 entre Inglaterra y Prusia se lee que la Francia y la casa de Austria habian contraído una alianza *poco natural*, con el fin de cambiar las leyes y las constituciones del imperio

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XLI, p. 269.

germánico y de destruir la religion protestante en Alemania (1). Dudamos mucho que ni María Teresa ni Luis XV hayan tenido proyectos tan absurdos. Un escritor contemporáneo muy bien informado, nos dirá el origen y el fin de su alianza.

«La reina de Hungría, dice *Duclos*, humillada con haber tenido que ceder la Silesia á Federico, conservó el resentimiento más vivo, y no miró la paz más que como una tregua, de la que pensaba servirse para buscar los medios de volver á tomar las armas con más ventaja. Desde aquel momento dejó de considerar á la Francia como su rival. María Teresa empezó por hablar en términos vagos con el embajador francés en Viena sobre la diferencia que habia entre la situacion actual de las casas de Austria y de Francia, y la que doscientos años ántes las habia hecho armarse una contra otra. Añadió que el equilibrio era hoy tan perfecto entre ellas, que no debian ya pretender el romperlo, puesto que su union aseguraria la tranquilidad de la Europa.» Tales eran las razones políticas que permitian una reconciliacion de las dos córtes. En cuanto al objeto que se proponia María Teresa, no hacia de ello misterio alguno: «He sacrificado, dice, mis intereses más queridos á la paz de Europa, cediendo la Silesia; pero si alguna vez se vuelve á encender la guerra entre el rey de Prusia y yo, recobraré todos mis derechos, ó pereceré yo y todos los míos hasta el último de mi casa» (2). Habia un resentimiento personal en esta pasion de la emperatriz; no podia perdonar á un marqués de Brandeburgo el haberla despojado, á ella, la heredera de los Césares. Cuando hablaba de Federico, le llamaba *ese mal hombre*; queria vengarse. Hé aquí el gran móvil de la alianza austriaca. Pero era preciso inclinar á la córte de Francia á este proyecto. A primera vista, esto parecia imposible. ¿No era la Francia, segun una antigua tradicion, la rival celosa de la casa de Austria? Los nombres de sus más grandes reyes, los nombres de sus más grandes ministros iban unidos á esta política. Además, era aliada reciente é interesada de la Prusia. ¿Cómo esperar

(1) KOCH, *Recopilacion de los tratados*, t. II, p. 29.

(2) DUCLOS, *Memorias*. (PETITOT, t. LXXVII, p. 103 y sig.)—FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. VII, p. 257.